



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE JUNIO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La recóndita inconsciencia

UN CUENTO QUE NUNCA TERMINA

OLGA DE LEÓN G.

En esos tiempos, cuando transcurrían los primeros años posteriores a la II Guerra Mundial, algunos hombres y mujeres de este lado del Pacífico habían planeado unirse y formar una familia. Comenzaron por contraer nupcias e irse a paso moderado, planificando la llegada de los hijos luego de año y medio o dos años de haberse casado. No muchos lograban cumplir su propia primera regla. Sobre todo, no aquellos que ya habían tenido un noviazgo largo, de más de cuatro o cinco años.

Otros, no llegaban ni siquiera al primer año de vivir juntos bajo las leyes del matrimonio, y se separaban, sin más razón, que una supuesta incompatibilidad de caracteres. Lo cual no era otra cosa que el miedo a las responsabilidades o la violación del pacto de fidelidad que se habían jurado, al contraer nupcias; ambas razones infringidas particularmente por los varones; las mujeres casi siempre han sido mucho más responsables y fieles... No siempre, pero sí en la mayoría de los casos.

Pues bien, resulta que hoy, este cuento sale de una de esas familias formadas por allá de los últimos años de los cuarenta del siglo XX. Y, proviene -particularmente- de uno de los hijos que ahora, de vivir todos, estarían ya en la edad de los adultos mayores, es decir, tendrían más de sesenta o setenta años. Hijos bendecidos con la dicha de llegar a viejos, lo que ninguno de sus padres logró.

Y, este es el cuento. Habiendo crecido dentro de una relación familiar estándar, con buenos de padres y buenos tíos, los jóvenes florecieron en todo su esplendor, y pudieron elegir por sí mismos, lo que deseaban estudiar y en lo que se realizarían en la vida. No tenían sus padres grandes riquezas, pero tampoco sufrían de penurias como las clases económicamente débiles o pobres, quienes sí las padecían.

Cierto día de primavera, en los primeros días del mes de abril, llegó a la ciudad donde esta familia vivía, una caravana de artistas y magos que se dedicaban a entretener y divertir a los que asistían a su espectáculo semanal. Si bien, solo permanecían en una ciudad no más de dos fines de semana; lo que significa que solo dos fines de semana actuaban en la Plaza de Toros, por entonces, el lugar público más grande de la ciudad. Aquel sábado, la madre acudió con sus pequeños, a instancia e insistencia de la muchacha que la ayudaba en casa, para que fueran y llevaran a los dos niños (niña y niño). Llegaron al lugar, apenas a tiempo de que comenzara el espectáculo. Se sentaron en las gradas, en los lugares que habían comprado.

La pequeña Lila no hablaba mucho, porque así era ella, más callada que parlanchina, pero muy observadora, caminaba muy bien y se arreglaba solita, tenía tres meses antes de los cuatro años. El niño, mayor, contaba ya con casi ocho años, los cumpliría dentro de tres semanas. Ambos estaban muy desarrollados mental, física y cognitivamente, para su edad. Aunque el niño era más cauto o tímido, que la niña.

Pasó el tiempo en aquel lugar, la magia permeó el ambiente y pronto toda



la gente se contagiò del entusiasmo de la fiesta y del espectáculo. Terminó el evento y poco a poco, los lugares se fueron desocupando y solo salieron hasta el final, quienes no quisieron salir a empujones ni pasando por encima de otros.

La madre fue a dejar a la joven que le ayudaba con los quehaceres a su casa, y ella regresó con sus niños a la propia, donde esperaba ya hubiese llegado el esposo y padre de sus niños. Así fue, de modo que el papá la ayudó a bajar, primero, a la niña y luego regresó al auto por la esposa y el niño quien ya venía dormido; eran las nueve de la noche, un poco más tarde de la hora en que los hijos se dormían diariamente.

Una vez que todos estuvieron dentro de la casa, los niños en sus camitas... Los padres fueron a la sala y con una copa de tinto, en mano, se sentaron a platicar, era: un fin de semana como cualquier otro. Y fue el principio de algo nuevo y maravilloso...

Algo diferente sucedió en la Plaza de Toros y en sus niños, ella lo notó. Pero no quiso hablar de ello, pues tenía sus dudas. Todo fue un tanto extraño, sin embargo, los niños captaron el mensaje y lo absorbieron.

Años más tarde, cinco o seis, sabría que otros niños que allí habían estado aquel sábado, también fueron tocados por la magia de la creatividad, el conocimiento de la ciencia y del arte.

LECTURA INOLVIDABLE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El olor a lirios y crisantemos le trajo el recuerdo de Roberto. Una tempestad sinuosa en el horizonte futuro; el capullo de una joven en celo. El temor de una serpiente voladora, la ensoñación, el ciclo de la vida y la llama de la noche. El recuerdo de sus ojos, delineados por sus cejas. Su mirada iracunda, la inflamación del fuego ardiente entre las piernas. La nostalgia, la amarilla nostalgia que le trajo la muerte de Roberto, como siembra marchita en primavera.

Roberto había estado de visita en la casa paterna hacía poco más de un año. Ella llevaba un mes en Monterrey, había viajado para ayudar un poco con la cotidianidad de la vida en el hogar, con el padre enfermo. Roberto insistió en que quería ver al padre de Martha, su amigo de batallas en los juzgados. Tocó a la puerta una tarde, entró en la casa y se dirigió al dormitorio. Ahí estaba el padre de Martha, recostado, sin poder moverse, adormilado, prácticamente sin consciencia. Nadie podría decir si supo que su amigo Roberto había estado de visita en casa. La madre de Martha le acercó una silla y ahí se sentó Roberto, sin hablar, observando a su amigo. Varias lágrimas rodaron por sus mejillas. Inconsolable fin de una historia, se dijo él.

A la media hora, Roberto se despidió. En la puerta, le dijo a Martha que su padre había dejado un negocio a medio camino en el despacho. Esperaban sentencia del juez y que viniera favorable.

Tal vez ahí habría un dinero extra. Pero Roberto no volvió a casa de los padres de Martha.

El padre de Martha, por especie de milagro, comenzó a despertar durante el día, hacía algunos intentos por levantarse, sin éxito. Entonces la madre de Martha consiguió que el seguro se hiciera cargo de fisioterapias para su marido. La madre se batía en batallas de un lado al otro, yendo y viniendo por medicamentos, haciendo citas interminables por teléfono, pidiendo ambulancias para los traslados al hospital para que su marido recibiera las inyecciones contra el cáncer.

Y su marido, el padre de Martha, comenzó a caminar de nuevo, se levantaba de la cama, miraba películas en el televisor, salía a la terraza a tomar el sol; conversaba, en silencio, con Dios.

Su amigo Roberto desapareció de la escena. Martha le envió un mensaje y él no contestó. Ella no insistió. Martha y Roberto se habían visto en la Ciudad de México hacía más de un año. Él la había visitado para escucharla tocar como solista en el Palacio de Bellas Artes, en un concierto con la Orquesta Sinfónica Nacional. Hizo el viaje expreso para ello, pero se quedó a dormir en casa de otro amigo. Estuvo en el brindis al final del concierto, con Martha y sus amigos, y al final pidió un carro que lo llevaría a donde pasaría la noche.

¿Y qué había sido de Martha y Roberto en el pasado? ¿Nada más que un lunar en el espacio sideral, un planeta sin nómina ni ingresos, una entidad brutalmente desaparecida? El exterminio del polvo por el fuego, la culminación del azote número 150, la muchedumbre en el horizonte que se dispersa. Brutal tempestad de un amor calcinado, breve e inocente, pero bravo como el sueño que nunca concluye.

Hubo luego un viaje durante Navidad. Martha visitó la casa paterna y aceptó la invitación de Roberto para ir a tomar un café. Hombre de pláticas flácidas, escrupuloso y pausado en el hablar, muy sin pena ni gloria en las tramas. Se esforzaba en lo que sabía hacer: regalar tamales de venado, organizar reuniones de abogados, despepitar la noche entre las sábanas, junto a su propia esposa.

¿De quién era el hijo de Martha? Un joven que se había quedado estudiando en la Ciudad de México, viviendo solo, mientras su madre regresaba a los cuidados de la casa paterna. El muchacho también se llamaba Roberto. Era el único vástago de su padre, quien solo había tenido dos hijas con su mujer.

El departamento donde ahora vivía Roberto chico no era de Martha, en realidad. Estaba a nombre de Roberto, el padre de su hijo y amigo de su padre. Era la manera, pensaba aquel, en que podía controlar la situación. Pero no había nada qué controlar...

Así es que ahora, cuando Martha se había topado con la noticia de la muerte de Roberto, por internet, se le vino un mundo de preguntas por contestar. ¿Sabría, la esposa de Roberto, sobre su hijo y sobre ella, y sobre la propiedad en la Ciudad de México? Al día siguiente recibió un mensaje a su celular: alguien que se identificaba como abogado de Roberto, la invitaba a la lectura del testamento...



Marguerite Yourcenar

(Marguerite de Crayencour; Bruselas, 1903 - isla de Mount Desert, Maine, Estados Unidos, 1987) Escritora francesa de origen belga. Huérfana de madre desde su nacimiento, fue llevada muy pronto a Francia por el padre (natural de Lille), quien, tras proporcionarle una educación bastante esmerada, la llevó siempre con él en el curso de su cosmopolita existencia, comunicándole su amor por los viajes. Cursó estudios universitarios, especializándose en cultura clásica, y empezó a publicar diez años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, aunque con escaso éxito.

De esta primera época son novelas como Alexis o el tratado del inútil combate (1928), que comenzó a despertar el interés de la crítica; obra en la línea de un André Gide, es una lúcida y desinhibida vivisección de un fracaso existencial. Le siguieron La Nouvelle Eurydice (1929), menos tensa e inspirada que la anterior; Denier du rêve (1934), historia de un atentado fracasado contra Mussolini en el que la violencia política ocupa el primer plano; y la colección de tres cuentos titulada La mort conduit l'attelage (1934).

Sus largas estancias en Grecia dieron origen a una serie de ensayos reunidos en Viaje a Grecia y llevaron a su maduración la idea originaria de Fuegos (1936), una obra esencialmente lírica compuesta de relatos míticos y legendarios. La misma dimensión mítica se deja traslucir en su colección de Cuentos orientales, publicada en 1938. El año siguiente aparece El tiro de gracia, basada en un hecho real, una historia de amor y de muerte en un país devastado durante las luchas antibolcheviques. Son importantes también varios ensayos, como Pindare (1932, sobre el poeta griego Píndaro) y Les songes et les sorts (1938).

En 1939, la guerra sorprendió a Yourcenar en Estados Unidos; la autora decidió fijar su residencia en Maine, dedicándose en un principio a la enseñanza y adquiriendo la nacionalidad norteamericana en 1948. Llevó a cabo también en este período una serie de refinadas traducciones de textos de diversa naturaleza: obras de Virginia Woolf, Henry James y Constantino Cavafis y la antología de poesía griega antigua La couronne et la lyre.

Su fama como novelista se debe a dos grandes novelas históricas que tendrían gran resonancia. La primera es Memorias de Adriano (1951), reconstrucción histórica realizada con gran celo documental de la vida de Adriano, el más ilustrado de los emperadores romanos. Escrita a modo de carta dirigida como testamento espiritual a su sucesor designado, es una meditación del hombre sobre sí mismo, e ilustra el único remedio posible a la angustia de la muerte: la voluntad de vivir conscientemente, asumiendo el deber principal del hombre que es el perfeccionamiento interior. La otra fue Opus nigrum (1965), obra fruto de cuidadosas investigaciones que gira en torno a la figura del médico, alquimista y filósofo Zenón, intelectual enfrentado a los problemas del conocimiento.

Marguerite Yourcenar publicó también el ensayo A beneficio de inventario y diversas obras teatrales como Electre ou la chute des masques (1954), Le mystère d'Alceste (1963) y el volumen de 1971 que comprende Dar al César, Le petite Sirène y Le dialogue dans le marécage. En 1974 publicó su autobiografía en dos volúmenes: Recordatorios y Archivos del Norte, frescos histórico-narrativos sobre su propia familia. En 1980 fue la primera mujer en ser elegida miembro de la Academia Francesa.

ad pèdem literae

Mientras se gana algo no se pierde nada

Miguel de Cervantes

Letras de
buen humor

El oro es como las mujeres, que todos dicen mal de ellas y todos las desean

Lope de Vega

Elmer Mendoza

Fernando del Paso, regreso a El Colegio Nacional

El gran maestro de la narrativa contemporánea, Fernando del Paso, nació el 1 de abril de 1935 y Juan Villoro nos invitó a compartir recuerdos, percepciones, análisis de su obra y el reconocimiento a su creatividad y a su gusto por las corbatas incendiarias. Noventa años cumplió el creador de espacios, palabras y personajes, y nos reunimos para celebrar y cantar "San Francisco", de Scott McKenzie, "South of the border" (Down Mexico Way), de Patsy Cline y "La Paloma", de Sebastián Iradier, la versión de Nana Mouskouri. Claro, porque aunque Fernando del Paso se fue el 18 de noviembre de 2018, siempre cumplirá años.

Juan Villoro, además de coordinar el homenaje, fungió como moderador. A su izquierda estaban Alejandro Espinoza Fuentes y Carlos Mariscal de Gante. A su derecha, Carmen Villoro y Elmer Mendoza. Carmen disertó sobre el artista, el hombre que escribe, dibuja, piensa, sonríe, conversa con la loca de la casa de Malebranche, de su amor por la cocina. Habló del amigo con quien podía platicar, evaluar los silencios y la relo-

jería del universo. Juan, inducido por Andy Warhol, sugirió 15 minutos a cada quien y nos acercó la personalidad del maestro, a su paciencia, a su gusto por la cocina y a su vestuario. Trajes verde que te quiero verde, corbatas amarillas Mauricio Babilonia, zapatos negros Joseph Conrad.

En la primera fila de una sala llena, Maximiliano y Carlota escuchaban atentos cómo es y qué hacía el hombre que los puso en la mente del mundo actual. A su lado, José Trigo meditaba en trenes y calles inundadas. Palinuro lucía relajado, deseoso de recorrer el mundo. Linda observaba la belleza de la emperatriz y David jugaba con una llave inglesa ante la mirada escrutadora de Tere Vicencio que no deseaba agresiones en El Colegio. Paulina la tranquilizó.

Carlos leyó sobre Palinuro de México y la profunda amistad que mantenía con Palinuro, el piloto de Eneas y el arte de navegar de noche. Nos regaló una cadena de símbolos que unen ambos personajes y las acechanzas del destino para cada uno, algo que escapaba de su control. Supimos que la diferencia entre el mar y



el centro de la Ciudad de México es una hoja de parra donde abundan las tiendas de campaña. Carlos es académico y lo dejó claro en su texto, una visión absolutamente contemporánea de la obra del maestro que jamás me pareció un autor barroco. Alejandro fue la gracia plena. Un acercamiento desenfadado pero profundo a José Trigo, la novela con que Fernando del Paso nos mostró otro ruta para la novelística mexicana. Alejandro nos quitó la venda de la mano que niega. Claro, es una novela que la puede leer cualquiera, sobre todo un joven que está entrando en sí mismo y no confía en los espejos. Ni en los espejismos. Mientras leía y el público respondía, Juan y yo hacíamos gestos de aprobación. Que